

Surrealismo, 1924-2024. La persistencia de su memoria

El 15 de octubre de 1924 se publicaba el *Primer Manifiesto del Surrealismo*, inaugurando así un movimiento que produciría una auténtica revolución artística y conceptual de tan largo alcance que para muchos fue el eje central a partir del cual pivota buena parte del arte y la cultura de todo el siglo XX.

Entre los propósitos que movían a esta camarilla de artistas e intelectuales que se dieron el nombre de surrealistas se contaban la superación de las barreras que separan lo artístico de lo cotidiano, la vida psíquica de la fenoménica, la imaginación, el sueño o los fenómenos físicos y corporales de la creación así como las fronteras que dividían a los individuos de las cosas y al yo de los múltiples otros que lo habitan. Entre sus anhelos se contaban la liberación de las diversas capas, conscientes e inconscientes, que hacen al sujeto. Las personas –se lamentaban los surrealistas en su diagnóstico de la alienación moderna– habían sido reducidas a un cuerpo fantasmal y maquinal, eran incapaces de mantener un trato con su mundo circundante que no estuviere mediado por el hechizo cadavérico de la mercancía. La salida de este estado de cosas pasa por la creación de un nuevo tipo de materialismo de inspiración antropológica y corporal, donde la experiencia del hombre con el mundo y sus objetos estuviere cargada de acciones embriagadas que contribuyesen a hacerlo despertar del letargo de la alienación.

Es innegable que tras este empeño subyace un programa político. Pero, ante todo, late una nueva manera de concebir las imágenes o el deseo, de entender qué es un artista, qué interés tienen los objetos cotidianos, qué significa la materialidad del lenguaje o cuál es la relevancia del cuerpo, la sexualidad o la subjetividad. Sembrando estos interrogantes, el surrealismo transformó nuestro entendimiento de la vida *tout court*. Así pues, este movimiento produjo un vuelco imposible de ignorar para muchos de los grandes autores –e, indudablemente también para ellas– de la cultura occidental, venidos de disciplinas de muy diversa índole. A uno u otro lado del Atlántico, el impacto del surrealismo puede rastrearse desde la historia del arte a la filosofía política, desde el psicoanálisis al cine, desde los estudios del cuerpo a aquellos del género, la literatura, la etnografía y un vasto etcétera –por no nombrar aquellos campos del saber armados más recientemente y que, sin embargo, se inspiran en los hallazgos de este movimiento (la historia de los afectos o la antropología cultural)–. De ahí que no sean pocos los autores que se refieren al surrealismo más como un sistema de pensamiento (poético y político a una vez) que como una simple corriente estética.

En virtud de ello y a pesar de las continuas proclamaciones de muerte que se le han querido atestiguar –fue Maurice Nadeau en 1945 quien quiso firmar la primera– a lo largo de todo este siglo, el surrealismo ha encontrado continuidad en distintos escenarios y su pervivencia en la actualidad es innegable. Son muchas las vidas posteriores en las

que ha sabido amoldarse a circunstancias cambiantes para seguir articulando modos de pensar y producir realidad o alternativas a la dominante. Su trascendencia queda evidenciada en estas cuestiones, convirtiéndose así en uno de los objetos de estudio clásicos del mundo contemporáneo.

Por todo ello, en este año, cuando se cumple el centenario de su fundación, *Cuadernos de arte* se une a los múltiples homenajes que se rinden al movimiento desde distintas partes del mundo. La celebración de un siglo de Surrealismo nos lleva a repensar sus aportaciones clave, a interrogarnos sobre cómo ha sobrevivido y en qué ha mutado desde que floreciese a principios del siglo XX; nos emplaza, finalmente, a reivindicar la viveza de su presencia hoy, en nuestras vidas, y la actualidad de su sistema de pensamiento. A través de la influencia que ha ejercido en determinados intelectuales, artistas, movimientos sociales y en la propia memoria colectiva, nos proponemos repensar las raíces surrealistas desde sus influencias posteriores.

Cuenta de la vigencia que los estudios sobre el surrealismo siguen presentando nos da la amplia acogida que ha tenido esta propuesta de *Cuadernos de arte* por investigadores de alto nivel. A través de sus textos ahondaremos en su memoria, dilatada, y mezclada con el tiempo, tal como la presentaba Salvador Dalí. Revisaremos algunos de las artistas consagradas al movimiento que aún precisan ser objeto de nuevos estudios, como fueron Maruja Mallo, a quién redescubriremos en las palabras de Ana Isabel Guzmán Morales, y Leonora Carrington, autora a la que dedica sus páginas María del Carmen Molina Barea. También descubriremos figuras que han quedado algo orilladas por la crítica pero que revisten gran interés, como es el caso de Unica Zürn, a quien Arantxa Romero dedica su contribución. Asimismo, a través de los estudios de Irene Valle Corpas sobre el papel que desempeñan las manos en el surrealismo o Carmen Sousa Pardo mediante el análisis de estrellas surrealistas nos acercaremos a iconografías aún poco abordadas. Ahondaremos también, para salvar las faltas de la historiografía tradicional, en los vínculos entre masonería y vanguardia, gracias a las palabras de David Martín López. En el mismo sentido, Gabriel Cabello desvela correspondencias entre Luis Buñuel y Alberto Giacometti no evidentes a primera vista pero prolongadas en el tiempo y sin duda ineludibles para comprender cabalmente el ideario de movimiento. Por último, los textos de Jéscica Domínguez Muñoz e Ignacio Amilivia Pardo y Ana Isabel Galván García de las Bayonas se plantean relecturas animadas por debates contemporáneos de actos y actitudes clásicas del surrealismo que ofrecen buenos testimonios de la continuidad del movimiento no solo como una estética sino también como un sistema de pensamiento.

CARMEN SOUSA PARDO E IRENE VALLE CORPAS